

De manera más general, otros ensayos nos permiten establecer un paralelo en las coordenadas espirituales y mentales de Nueva Granada, el Perú y Brasil. Estas visiones de síntesis son muy útiles ya que son pocas las veces que podemos considerar de un solo tirón un proceso tan complejo como el que describimos.

Finalmente, me parece muy interesante el énfasis puesto en considerar el caso brasileño dentro de la dinámica evangelizadora americana. Por lo general, se suele tratar los procesos evangelizadores hispano y lusitano de manera independiente, cuando en realidad tenían mucho en común, desde el plano ideológico hasta los intereses imperiales detrás suyo, como lo ha demostrado el reciente libro de Fernando Rosas acerca de la creación del espacio amazónico colonial¹. Los dos ensayos sobre esta área, escritos por Decio de Alencar Guzmán y María Saavedra Inaraja, cubren el periodo comprendido entre los siglos XVI y XVIII y representan la ruptura que se produce con la llegada de la Ilustración, como ya se mencionó anteriormente.

Estos tres aportes permiten una imagen más completa del espacio americano, en comparación con la tendencia a trabajarlo de manera aislada, aun cuando las fronteras nacionales no coincidían con las de las capitanías y los virreinos coloniales.

José RAGAS
University of California, Davis

BARRERA, Trinidad (ed.), *Herencia cultural de España en América: siglos XVII y XVIII*, Madrid, Iberoamericana/Frankfurt am Main, Vervuert, 2008, 294 pp.

Estamos ante el segundo tomo de publicaciones de un proyecto titulado del mismo modo: «Herencia cultural de España en América: poetas y cronistas andaluces en el Nuevo Mundo, siglos XVI, XVII y XVIII, desarrollado entre 2006 y 2009, siendo el primero publicado por su directora, Trinidad Barrera López: *Herencia Cultural de España en América. Poetas y Cronistas Andaluces en el Nuevo Mundo. Siglo XVI*, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 2007. Este primero tenía 11 trabajos, y el segundo 13.

Aunque el proyecto incluía en el título la procedencia andaluza de sus autores, no se ha respetado esta vez, y ello es justo con varios de los trabajos (Tirso de Molina o el propio inca Garcilaso no lo eran, ni los cinco estudiados en el trabajo de Marta Barriga). Lo que sí es verdad que entre todas las provincias andaluzas, Sevilla se ha llevado el cetro de la atención estudiosa (Santa Cruz, Diego Dávalos, Diego de Hojeda, Andrés Rocha, Ortiz de Zúñiga), estando también representadas Jaén (Caviedes, Viedma), Córdoba (Pérez de Rivas y el inca Garcilaso), Málaga (Cabello Balboa y José J. Granados) —curiosamente, cada una de las provincias con dos escritores—.

¹ Fernando Rosas Moscoso, *Del Río de la Plata al Amazonas: el Perú y el Brasil en la época de dominación ibérica*, Lima, Universidad Ricardo Palma, 2009.

Tampoco es el eje del presente estudio que se trate de Andalucía en sus obras sino del Nuevo Mundo principalmente, y más bien por el tema de la producción escrita en sí misma, y en relación con la amplia historia literaria y de su contexto histórico. Una divisoria que podría tenerse en cuenta en esta miscelánea es el *género* literario (poseía o prosa histórica), por usarse en el título del proyecto y primera publicación del siglo XVI. De poesía *stricto sensu* solamente tratan Arellano, Beatriz Barrera y Catalina Quesada: respectivamente sobre el jienense Caviedes y los sevillanos Diego Dávalos y Diego de Hojeda. De hecho, sobre materia puramente literaria tratan Arellano, Beatriz Barrera, María Caballero —no del todo—, Virginia Gil Amate, Eduardo Hopkins y Catalina Quesada: es decir aproximadamente la mitad de los participantes. Una cierta proporción saliente de los autores se plantean problemas histórico-geográficos, aunque al nivel de los discursos y estrategias narrativas o descriptivas (Gema Arieta sobre «travesías» atlánticas, Trinidad Barrera sobre exploraciones patagónicas, Bernabeu sobre el recorrido desértico del misionero P. de Rivas, María Caballero sobre el diario de viaje de Mutis, e incluso el «recorrido» hispano-peruano de Hernando Pizarro en manos de González-Barrera, y hasta los anales sevillanos de Ortiz de Zúñiga).

La variedad de temática y tratamiento es la característica de esta obra, más o menos interesante según los casos. Debo decir que todos tienen mérito propio, sea por su erudición y nueva información sobre la cuestión en tratamiento, sea por su originalidad. En este sentido tal vez destaquen los de Trinidad Barrera, Salvador Bernabeu, Eduardo Hopkins y Consuelo Varela: cada uno de ellos nos inundan de observaciones minuciosas y aparato bibliográfico. Sin embargo, me han resultado especialmente pertinentes los de Arellano, María Caballero, González-Barrera y Catalina Quesada por suscitar un debate y una propuesta personal. Teniendo en cuenta que se trata de un proyecto de investigación sobre un tema preciso convocado por el equipo, se espera que primen las propuestas novedosas y preguntas sobre la bibliografía y el puro saber.

Con Arellano quedamos prevenidos sobre el tratamiento sesgado que el poeta Caviedes (y otros nombres ilustres americanos: Ruiz de Alarcón, Sor Juana, Balbuena u Oquendo) ha merecido de una corriente interpretativa (con nombres y apellidos: Costigan, García Calderón, Luis A. Sánchez, García Abrines, Ballón Aguirre, Mabel Moraña) que ha insistido en verlo como «criollo» anti-hispánico y crítico colonial, ignorando hechos notorios y cometiendo varias peticiones de principio en su lectura e interpretación. Se trata en este caso de un ejercicio de lectura atenta solamente. María Caballero, en un clarividente y perceptivo texto que no duda en advertirnos de sus vivencias subjetivas y su metodología propia, nos desentraña el proceso como el gaditano Mutis deviene apasionado neogranadino, y de qué modo su atención botánica se impone sobre todo, incluidos sus deberes médicos y sinsabores sociales. Aunque niega que se trate de un escritor apreciable (como se ha pretendido por otros analistas con su *Diario de observaciones... 1760-1790*), la autora nos muestra sabiamente de qué modo la literatura esclarece un texto cualquiera (mitad narrativa y mitad descripción, mitad subjetivo y mitad representativo). Ignoramos por qué a mitad del camino se empeña en mostrarnos una tesis personal sobre su trascendente «ilustración católica» que no aparece clara, a pesar de las muchas citas (más del analista J. Arana que del gadita-

no analizado). González Barrera aborda la obra de Tirso sobre los Pizarro con una sistemática comparada en relación con los textos históricos en que se pudo basar, que nos permite seguirle sin cansancio en cada uno de los pasos argumentativos, y aceptar su tesis de que Tirso se permitió «licencias biográficas» que contribuyeron a la causa apologética familiar, sin mengua de su altura literaria. Finalmente reconocemos en el tratamiento delicado de Catalina Quesada la calidad poética del teólogo épico Diego de Hojeda, en su famosa *Cristiada*, mostrándonos no solamente las barbaridades editoriales cometidas sino los numerosos pasajes y conexiones con Virgilio, Tasso o Milton (totalmente confirmadas en su carácter excepcional), de cuyo contraste y semejanza aprendemos a saborear los versos de un teólogo, sin que nos sintamos marcianos.

Esta selección no indica que no hayamos sido impresionados también por otros pasajes del libro: al conocer los prejuicios pacatos contra Lima del famoso botánico H. Ruiz (en manos de Marta Barriga), la heroicidad vital y literaria al norte del continente de parte del jesuita cordobés Pérez de Rivas (en medio de un comprometido programa apologético jesuita) en manos del experto marino S. Bernabeu, y al sur de parte del comisario Antonio de Viedma por obra de Trinidad Barrera (ambos bien informados), la erudición indigesta sobre el antiguo poblamiento americano por parte del funcionario Diego Andrés Rocha (en dos registros sucesivos de Gema Areta y José Manuel Camacho —literario y erudito— de interesante contraste), la exquisita vida de dos aristócratas sevillanos sin salir de su rica ciudad (el poeta Diego Dávalos en La Paz, y el cronista Ortiz de Zúñiga en Sevilla, tratados respectivamente por Beatriz Barrera y Consuelo Varela), o finalmente la sutil y progresiva libación de las lecturas clásicas del inca Garcilaso, por parte de Eduardo Hopkins.

Tal vez la heterogeneidad de esta obra impide darle un tratamiento uniforme a toda ella, pero —como resultado de todos los trabajos reunidos, aunque variados— puede percibirse mejor un rasgo de todos los procesos de aculturación (en este caso hispanizante), su carácter selectivo y no previsible. Dentro de una gama compartida de rasgos culturales, cada región americana ha seleccionado uso rasgos y desechado otros, dando variedad al evidente «aire de familia» obtenido. Como dijo George Foster en su famosa obra —homónima con ésta que comentamos¹—, la influencia andaluza marcó la cultura colonial americana con un aire común de familia, aunque no del mismo modo por épocas ni por zonas. Aún así, los varios paralelismos entre la vida andaluza y americana recogidos en varios trabajos permiten esperar nuevos frutos de ensayos comparados como el que nos ocupa. Merecería tal vez la pena en ensayos sucesivos —aplicados a épocas más cercanas— contemplar la influencia en sentido inverso (herencia andaluza de las culturas americanas), y ello tanto en el ámbito historiográfico como literario.

Fermín DEL PINO DÍAZ
Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, Madrid

¹ *Cultura y conquista: la herencia española de América* (1.^a ed. en español), Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1962.